

BORGES

candinava. Cuando fui a Islandia se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué extraño! ¿Qué le conmovía tanto de Islandia?

—Hablan la lengua como hace siete siglos. Desprecian a los noruegos y los suecos porque su lengua se ha deformado. Para mí, la clase media es una clase superior. La aristocracia es muy parecida al pueblo.

—¿En qué se parecen?

—Son muy nacionalistas y el pueblo también lo es. Les da por las mismas cosas. Les da por el lujo, las carreras.

—Sin embargo, la clase media es la que tiene más miedo a los cambios, la que está más llena de trabas, la más conservadora.

—¡Y está bien que sea conservadora! —dijo, y cayó en la distracción más total.

Al cabo de treinta o cuarenta segundos volvió a hablar.

—Yo... si pudiera irme...

—¿A dónde?

Cambiando la voz:

—No sé... para otra parte.

—¿Le gustaría irse a vivir a otro lado?

Muy pensativo:

—No, me gusta Buenos Aires, porque viajar... para un ciego... Yo creo que voy a terminar quedándome aquí. Yo quiero mucho a Buenos Aires, aunque es una ciudad tan fea.

—Buenos Aires no es fea. Es muy parecida a París.

—Buenos Aires es fea, y París también es fea.

De pronto, con un golpe de impaciencia:

—Bueno, ¿qué otra cosa quiere saber?

—¿Usted cree que su falta de vista ha influido en sus temas?

—No en la elección. Ha influido en la mayor sencillez con que escribo. Hay palabras que uno se atreve a escribir y no se atreve a dictar porque las considera rebuscadas. Yo creo escribir ahora con una sintaxis que se parece más al lenguaje oral.

—No había pensado que una circunstancia exterior podía modificar un estilo. Cuando le hice la pregunta me refería más bien a la visión del mundo que se refleja en sus obras. Pensé que sus obsesiones literarias eran las de alguien a quien se le cerró uno de los accesos al mundo exterior. En una conferencia usted dijo: "Las casas son para mí laberintos".

—Sí, pero siempre fueron laberintos, no sólo cuando dejé de ver.

—Su mundo literario con espejos, tigres...

—... cuchillos...

—... cuchillos... ¿no es el específico mundo que recrea alguien que sólo ve luces, sombras?...

—No, no, es anterior. ¿Usted sabe? Actualmente trato de huir de ese mundo para no parecerme demasiado a Borges. Cuando hago una frase muy característica mía, la tacho para que no digan: «Acá está Borges repitiéndose a sí mismo».

—En su literatura hay psicologías muy bien relatadas, pero se refieren a personajes fantásticos; cuando aborda el hombre real, es como si éste fuera también una invención.

—No sé, puede ser. No había pensado en eso. Tiene cierta lógica, sin embargo. Yo le digo a usted: «Fulana caminaba por la calle Chacabuco». No precisa que se la detalle, porque usted conoce la calle Chacabuco. Si yo elijo hacer una escena fantástica, preciso ser un poco detallado.

—Al contestarme eso está, en parte, corroborando lo que digo. Yo hablaba de personajes, no de cosas.

—Puede ser, pero, en todo caso, es inconsciente.

—¿No habrá alguna forma de lejanía entre usted y sus contemporáneos?

—No creo. Soy un hombre que tiene muchos amigos.

—Yo no dudo de eso, pero es muy claro que usted está realmente ajeno a los problemas de la sociedad en que vive.

—No tengo la vanidad de creer que puedo resolver los problemas de mis contemporáneos.

—Esa vanidad le crearía obligaciones que seguramente no desea asumir.

—Mi escepticismo me impide crearme tales obligaciones. Usted debería ya saber que soy un escéptico; un escéptico no se propone vaguedades tales como salvar a sus contemporáneos. ¿Qué otra cosa quiere saber?

—Quiero saber si soportaba mejor su oscuridad de antes o su situación de ahora, con medallas, honores, periodistas que lo acosan.

—Cuando yo era chico, mi padre me regaló *El hombre invisible*, de Wells, y me dijo: «Aquí tienes este libro, que es muy bueno. Yo querría ser el hombre invisible».

—¿Dijo él?

—Sí, y además lo soy, dijo, porque nadie me conoce. Yo siento eso.

—¿Qué es lo que siente?

—El deseo de ser el hombre invisible. ■ M. E. G.

